

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Hch 2,1-11; Sal 103; Ga 5,16-25; Jn 15,26-27; 16,12-15

Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré desde el Padre, el Espíritu de la Verdad que proviene del Padre, él dará testimonio de mí. Y ustedes también dan testimonio, porque están conmigo desde el principio. Todavía tengo muchas cosas que decirles, pero ustedes no las pueden comprender ahora. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará lo que irá sucediendo. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes. Todo lo que es del Padre es mío. Por eso les digo: "Recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes".

Celebramos la Solemnidad de Pentecostés con la cual se da por concluido el Tiempo Pascual: Tiempo en que la Iglesia vive en el gozo de proclamar que Dios, en su Hijo Amado, ha dado cumplimiento a la promesa de salvación y redención que los profetas anunciaron y, como sello de esta realidad, nos envía el Espíritu Santo prometido. Así la Iglesia inicia su vida entre los hombres dando cumplimiento al mandato de su fundador, sin temores, sabiendo que estará asistida por su Amado Esposo: «... todos los días hasta el fin del mundo...». El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «... todas las solemnidades litúrgicas de la Iglesia son grandes, (pero) esta de Pentecostés lo es de una manera singular, porque marca, llegado al quincuagésimo día, el cumplimiento del acontecimiento de la Pascua, de la muerte y resurrección del Señor Jesús, a través del don del Espíritu del Resucitado. Para Pentecostés nos ha preparado en los días pasados la Iglesia con su oración, con la invocación repetida e intensa a Dios para obtener una renovada efusión del Espíritu Santo sobre nosotros. La Iglesia ha revivido así lo que aconteció en sus orígenes, cuando los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo de Jerusalén, «perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hch 1, 14). Estaban reunidos en humilde y confiada espera de que se cumpliese la promesa del Padre que Jesús les había comunicado: «Seréis bautizados con Espíritu Santo, dentro de no muchos días... Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros» (Hch 1, 5.8)...» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad de Pentecostés, 12 de junio de 2011).

La palabra Pentecostés -del griego pentekoston (el número 50)-, para el pueblo judío se refiere a una fiesta del día quincuagésimo, era y sigue siendo la fiesta que se celebra cincuenta días después de los ázimos o fiesta del pan sin fermentar, una fiesta de la cosecha, que incluía el ofrecimiento de primicias a Dios (Yahvéh). Constituía además una de las grandes ocasiones de peregrinación, para el pueblo judío. En la celebración de los cristianos la fiesta de Pentecostés tiene lugar

cincuenta días después de Pascua, en ella el Espíritu Santo desciende como fuego. El día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre la comunidad de los discípulos de Cristo, produciendo un nuevo espíritu y fortaleciendo la misión de la Iglesia naciente; pues, como dice San Pablo, «...los frutos del Espíritu son: caridad, alegría, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia...».

Pentecostés, para el creyente es el Don con el cual Dios nos agracia con el grano de trigo (Cristo Nuestro Señor), el que habiendo muerto por nosotros, siendo sepultado por nosotros y Resucitado de entre los muertos; por el Don del Espíritu Santo nos comunica el germen de vida, que nos reviste de la Nueva Humanidad, y nos hace partícipes de la Vida Eterna, fruto de la Misión a la que el Hijo ha dado cumplimiento. Por lo tanto, Pentecostés para los creyentes es un llamado a vivir acogiéndonos de los frutos del misterio pascual de Cristo. El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «...El Espíritu Santo es Creador, es al mismo tiempo Espíritu de Jesucristo, pero de modo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo y único Dios. Y a la luz de la primera lectura podemos añadir: el Espíritu Santo anima a la Iglesia. Esta no procede de la voluntad humana, de la reflexión, de la habilidad del hombre o de su capacidad organizativa, pues, si fuese así, ya se habría extinguido desde hace mucho tiempo, como sucede con todo lo humano. La Iglesia, en cambio, es el Cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo...» (Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad de Pentecostés, 12 de junio de 2011).

Cristo, a través del ministerio de su vida pública, nos ha revelado que el amor de Dios, que Él ha hecho presente en los actos de su vida terrena, es un amor sin límites ni reserva; y por lo tanto el hombre que ha nacido del Espíritu Santo, el hombre que es uno con Cristo, está llamado a vivir esta universalidad, esta entrega en donde las diferencias de lengua, cultura, condición social, raza e ideología han sido abolidas con la muerte de Cristo en la cruz y su victoriosa resurrección.

La venida del Espíritu Santo profetizada por Cristo en varias ocasiones es la realización del anuncio de que el Paráclito recreará la vida de todo hombre que crea en Él, la transformará y le dará la Gracia de poder ver y amar al otro como a nuestro prójimo, como a Cristo. El Beato Papa Juan Pablo II nos dice al respecto: «... La Iglesia, animada por el don del Espíritu, siempre ha sentido vivamente este compromiso y ha proclamado fielmente el mensaje evangélico en todo tiempo y en todos los lugares. Lo ha hecho respetando la dignidad de los pueblos, su cultura y sus tradiciones, pues sabe bien que el mensaje divino que se le ha confiado no se opone a las aspiraciones más profundas del hombre; antes bien, ha sido revelado por Dios para colmar, por encima de cualquier expectativa, el hambre y la sed del corazón humano. Precisamente por eso, el Evangelio no debe ser impuesto, sino propuesto, porque sólo puede desarrollar su eficacia si es aceptado libremente y

abrazado con amor...» (Juan Pablo II, Homilía en la Solemnidad de Pentecostés, 10 de junio de 2000).

En esta solemnidad de Pentecostés dejemos que el Espíritu Santo transforme nuestras vidas, para que seamos otros Cristos en el mundo; porque Cristo en su vida terrena ha sido Presencia del Padre en el mundo, y como dice el evangelio: seamos los odres nuevos y vino nuevo; así nos vamos configurando con Cristo el Hombre nuevo.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar